

como apunta Hacker: «al principio, la estafa de la etiqueta permite el empleo sin freno de la agresión para fines justificables; eventualmente, por creación de hábito y por ritualización de la violencia, la estafa elimina hasta los últimos restos de conciencia de la agresión propia. El desmentido, la represión y la proyección ayudan a realizar la transición de la agresión individual a la agresión colectiva, socialmente manipulable y justificable». Posteriormente, las «estructuras de poder aparentemente legítimas no sólo justifican en virtud de su autoridad legitimadora, la agresión en la conducta violenta, sino que logran además crear consenso, aprobación y hasta entusiasmo en el individuo y en los grupos que llevan a cabo sus órdenes»².

En el caso que nos ocupa, es posible constatar hasta qué punto la estafa de la etiqueta cumple su función legitimadora, de tal suerte que los individuos definidos como «hampones» **asesinan a familias honestas y trabajadoras** quienes, para preservar su honestidad, han de **darles muerte** dondequiera que se encuentran, para prevenir una agresión potencial. Así pues, el que «da muerte» no asesina, prácticamente cumple con su deber; y frente a la opción de la violencia que el hampa innegablemente significa, no se erige una opción moral distinta, inteligente, con sentido de totalidad. Por el contrario, se erige la misma opción violenta con etiqueta distinta, con trampa vestida de reflexión, con muerte disfrazada de profilaxia social.

En Venezuela, la tenebrosa luz de la violencia como alternativa ha comenzado a encenderse; y estos volantes con su triste carga de discriminación, xenofobia, fascismo y muerte no son más que el comienzo, si no intentamos elevarnos sobre nuestras miserias y miedos para plantear las únicas vías que nos enaltecen como seres humanos: la de la inteligencia y la de la solidaridad.

Nota:

1. ¿Por qué torturan a las personas? Alocución pronunciada por el Prof. Friedrich J. Hacker, médico psiquiatra, en la sesión inaugural del XIII Consejo Internacional de Amnistía Internacional. Viena, 11 de septiembre de 1980, página 8.
2. Op. cit, páginas 9-10.

Buenas noticias desde la cárcel de El Dorado

José Ignacio Angós

«Si yo estuviera preso en Venezuela y pudiera elegir la cárcel, elegiría la de El Dorado». Eso lo dijo el representante de Amnesty International en Venezuela. Yo la visité en las Navidades de este año con el párroco. Me impactó.

Cierto que preso es preso. Cierto que la Casa Amarilla, la de los penados, debe ser atroz; ni colchones, porque tienen resortes, lo que equivale a chuzos; ni camas de cemento, porque tienen cabillas, es decir, chuzos; aislamiento, porque vienen de una rifa de Maturín o Tocuyito o Sabaneta o Ciudad Bolívar... «Cuando oigo llegar la 'ballena', es decir, el avión panzudo que trae a los penados que se han estado matando en otro penal, para la Casa Amarilla, ya me empiezo a preparar para 5 entierros dentro de una semana», me decía el párroco. Ciertamente, cuando están sueltos los orientales vagos, tienen que encerrar a los del centro, a los que —en lenguaje cervantino— el hideduerca de Carlos Tablante manda al Dorado (la mitad de los vagos del Dorado son hijos de Carlos Tablante). Ciertamente que el vago es vago y el penado, penado, con distinción de clases en favor de los primeros. Ciertamente que si visitas la cárcel sales sin cigarrillos ni yesquero ni plata, porque te han metido por los ojos las manualidades (joder con el jalabolismo a ultranza). Pero esa cárcel puede ser humana, porque lo es y hay espacio: todos los centenares de hectáreas que pidas.

«¿Qué haces?», le pregunté a Damián el párroco.

«Pues la confirmación. Y traerles revistas viejas, y bolas de billar. Y sacarlos a trabajar al pueblo, cuando puedo. Y grupos de teatro o culturales.

La confirmación no es el sacramento con el obispo y la cachetadita, sino que Carlos Tablante confirme que ese preso sale el 10 de agosto; y eso el vago lo quiere volver a oír de boca del cura, con papeles en mano. Las bolas de billar son marmolina, con la que hacen las cruces y las manitas para guindártelas al cuello, a raíz de 700 bs. «Aquí tienes la biblioteca, pero ahora no

tenemos clase, porque al maestro le llegó la confirmación». Los evangélicos están haciendo una labor excelente, «Gloria a Dios, ¡Aleluya!». Pero había que oírlos; era oír, con el puño en alto a Fidel Castro decir «Patria o muerte, venceremos». Esquizofrénico. Inaudito.

Pero a lo que voy: la caja de trabajo. La lleva un turco que nos acompañó 5 kilómetros adentro de la selva.

«¿Qué máquina usaste para hacer esta pica?»

«Ninguna: hacha y machete. Tres meses. Les pago a los vagos 100 bs. diarios y se morían por llegar al conuco y no tener que pagar 50 bs. de peaje en El Dorado a los otros presos. Llegamos al conuco de maíz. Bueno. 12 presos, ¡solo 12!, en régimen de completa libertad. Pueden cazar y pescar. Los cuida un chamo del pueblo con un chopito, nada de Guardia Nacional. El vago al que le salió la confirmación más larga — 1 año — comentó: «me puedo quedar aquí toda la vida y contento». Les faltaba sal, y la reclamaron, que ellos se hacen su comida, y, por supuesto, periódicos viejos. El turco de la caja de trabajo comentaba: «Me sabe a cuerno, porque la cosecha está para el mes de enero y va a venir la guardia y los funcionarios de El Dorado a mendigar un saco de maíz».

«¿Y la vaquera?»

«Nos juntamos los de la casa de trabajo nacionalmente. Los de Valencia se rieron de esta vaquera, porque no teníamos frigorífico, ni instalaciones. «Cuántas reses tienen ustedes los de Valencia?»

«Ninguna»

Ahí está el detalle. Si gente decente, en las cajas de trabajo, se multiplican por 10, las cárceles se humanizan, porque se puede hacer tranquilamente; sólo con gente de buena voluntad. Y, para rizar el rizo, una anécdota: Entre los vagos, naturalmente, abundan los homosexuales: un marico salía en libertad, pero como su mujer quedaba presa, pues se quedó en el Dorado por otros 6 meses. Eso se llama fidelidad.